

Jaime Valdivieso:

Tres cartas chilenas

CARTA A GABRIELA MISTRAL

Querida Gabriela, déjame responder
a tus "recados" aunque sea
con esta sola carta.
Yo sé que tú me escuchas
desde el humo del brasero
y el zumbido de las abejas
en el Valle de Elqui.

Allí naciste entre raíces
de pino y de pimienta,
y allí has vuelto a vivir
extendida de árbol a árbol
y de piedra a piedra
después de muerta.

Se dice entre vecinos
que por las noches
se sienten tus lentos pasos,
y como el runruneo de tu voz
junto a la uvas que envejecen,
y que a menudo al amanecer
te han visto pasar
con mirada trágica
hacia una escuela abandonada.

Sólo te pido ahora
que no sueltes tus fantasmas,
sigue pisando fuerte
y arrastrando cadenas de higos
por los montes,
no quisiera que escuches
las botas ensangrentadas
y el ladrido de los perros
militares
persiguiendo a tus hijos y a tus nietos.

Maestra de la hormiga y la paloma
madre del niño y sus ciruelas,
maestra de la tierra y sus antiguos minerales,
madre de humo y de ceniza
y vuelta a tu ceniza
precolombina,
no me dejes de hablar
ni ahora ni en diez años,
acósame con la lengua
de la avispa y los lagartos
pero ensancha cada árbol, suaviza cada espina
donde se oculte un fugitivo,
extiende la noche más temprano
y no dejes que los pájaros
canten al amanecer,
hasta que los asesinos y ladrones
nos devuelvan los "cuatro reinos"
que tú creaste,
hasta que el olor de la miel y la aceituna
maten el odio del cuero y del fusil.

CARTA A INES

Inés, cuánta sangre y cuánto
llanto hace que no sé de ti.
La última vez fue sólo tu
voz por el teléfono
llena de fe en el nuevo Chile,
sin saber que en ese mismo momento
se afilaban los cuchillos
que enterrarían en los cuatro
costados de nuestra tierra.

Luego me llegó la noticia:
te habían cortado al rape el pelo,
pero como siempre
brillaste en medio de la noche:
eras la única luz
en las celdas y pasillos.

Conociéndote, cómo podía dudarlo,
sabiendo que eres el álamo
de raíz más alucinada
y de hoja más profunda
que haya dado nuestro Valle Central.

Como tantas cosas en nuestra patria,
muy pocos saben que cuando
cae la oscuridad sobre Santiago,
lo único que brilla es tu perfil
y algunos picachos con las últimas nieves.

No quiero que nadie me hable
ahora hasta no saber que tú existes
en algún lugar de la costa,
inventando castillos
populares en las rocas,
o entre los viejos armarios
de mis abuelos:
sacudiendo estolas y sombrillas
vistiendo enanos, reyes, mendigos
ilusiones para pobres y ricos
saliendo de tu pelo y de tus manos.

Te envío esta carta, sin destinatario,
para que no te vuelvan a tomar presa,
para que continuemos el pacto
de la fantasía:
construyendo mundos que los militares
no saben que existen
y que existirán algún día.

LA MUERTE DEL POETA

“En medio de destruidas cosas”
escribiste alguna vez
sin saber que algún día
tu último silencio
sería
en medio del silencio
de tu patria y de tu casa destruida:
silencio en el silencio
sobre los cuartos y en
la tierra enmudecida.

No podía ser de otro modo,
la muerte de Chile
fue tu propia muerte,
todo sucedió, de repente,
como si el océano se vaciara
dejando un horizonte
de sal y de estupor
y una larga lágrima de norte a sur
atravesara las gargantas.

Pero antes el odio y la ignorancia
ya habían señalado tu casa
(suspendida como un verso
al borde de un cerro con árboles,
con tejas y voces de agua),
y hacia allá se fueron
afilando el rencor en la
punta de cada lanza,
buscando tu alma en cada
mueble, en cada libro
entre gotas de sangre y gritos
que había que ahogar con otros gritos.



No sabían qué hacer los desdichados,
de cada objeto salía una mariposa
de cada rincón una golondrina,
y hubo que encender fuego
para que el humo secara
el sollozo de las puertas y ventanas.

Nadie dijo nada,
ni tú tampoco desde tu alma repartida
porque sabías que cada infeliz
terminaría apretando su propia garganta
perseguido por un solo recuerdo
y una sílaba negra en cada mano.

Este fue el fin de una vida
hecha de tantas vidas
y de una sola muerte
muriendo por tantas muertes.

Sólo Matilde, tu mujer
como una estatua de greda roja
iluminaba la noche
vigilando los despojos
con una espada en cada dedo
y dos estrellas en cada ojo.

Fue toda una noche a la espera del alba
que te volvería a la noche,
mientras por todas partes
abrían la tierra
para enterrar a Chile:
moría así la nueva patria
aún no nacida y nacía la
vieja que nunca había muerto.

¿Es posible un hoy negro
hecho de círculos concéntricos
rodeado hasta el mar
de oscuridad y de silencio
después de un largo camino
de luz entre cactus y estrellas?

¿Es necesario romper el equilibrio
para crearlo?
¿O la medida justa de toda luz,
de todo mar, de todo llanto y toda risa
es su propia desmedida?

“Silencio, que la tierra
va a dar a luz un árbol”
un volcán, un poeta
nacido en el corazón de la tierra
entre raíces de araucarias
y flores de copinues
que hiciste volar por todo el mundo.

Desde entonces, cada vez
que recordabas tu tierra
crecía un canelo,
se encendía una piedra
brillaba una herramienta
un hombre miraba el cielo
y pájaros de colores
cruzaban la Isla Negra.

Cuando desde lejos
volvías a tus costas
cantabas "Al Sur del Océano"
y los viejos conquistadores
de barba abrían los ojos
en el fondo del mar,
y los peces saltaban hasta
las copas de los pinos
y el sol brillaba de noche
en las palabras y el vino.

Pero ahora una niebla oscura
oscurece las costas,
los picaflones chupan su propia sangre
y la estrella blanca
solitaria de tu bandera
solloza a media asta
mirando el mar.



Yo no sé porqué
hay recuerdos a veces,
que se parecen tanto a la muerte
que se parecen tanto al dolor
de un cuchillo que llegara
hasta el borde del corazón.

Por eso me duele recordar
ahora entre tantas muertes
y tantas cosas heridas y destruidas
aquellos días en la Isla Negra
cuando llegaba la noche
y mirábamos el mar
a través de las estrellas,
cuando salíamos de tarde o de día
a escuchar la voz de los
árboles, de las piedras
de las flores, de los pájaros
recién dormidos;
cuando despertabas los recuerdos
con la punta de tu bastón
(hecho de nudos y raíces)
y surgían los viejos poetas,
los amigos delirantes o doloridos,
o te detenías mirando
al hombre o a la mujer
encendidos por el sol y
oscurecidos por el mar.
Y así se juntaban voces y
palabras que me entregabas
una a una
soplándoles a veces la última arena
para que las repartiera
por los cuatro costados
en el cuerpo de Chile,
para que crecieran y se
establecieran
como los volcanes
o como las altas nieves a lo lejos.

Pero es necesario recordarte
con el recuerdo de todos
caminando por el mundo
"llegando y despidiendo"
cruzando manos y sudores
cortezas y barnices
levantando versos y casas
que sonaban y rimaban como versos,
y entrando en las materias
y en los hombres
de frente o de perfil
hasta tocar el corazón;
cantando y sollozando
muriendo y naciendo
destruyendo y construyendo
la tierra y el hombre
en esta tierra y
en el agua y en el aire.